

El misterio de la creación artística
Stefan Zweig

sequitur

Asmara, Madrid,
Buenos Aires, Ciudad de México

Indice

| | |
|--------------------------------------|----|
| Presentación | 7 |
| El misterio de la creación artística | 11 |
| Hugo von Hofmannsthal | 45 |
| Retrato de Toscanini | 63 |

Presentación

De la correspondencia a
Friderike Maria Burger von Winternitz,
primera mujer (entre 1920 y 1938) de Zweig

Río, 26 de septiembre 1940

Querida F.:

[...] Había esperado encontrar aquí en Río, desde donde salgo hoy en avión para Buenos Aires, unas letras tuyas; pero por lo visto, has escrito directamente allí. Probablemente no recibirás respuesta mía, pues aquello va a ser un manicomio. Ayer di una conferencia en francés; en Buenos Aires (y otros lugares) tengo que dar dos conferencias en español, una en inglés, y otra en alemán. Docenas de personas me esperan. En conjunto tendré que pronunciar de nueve a diez charlas en catorce días y en ciudades como Córdoba, Rosario, Montevideo, etc. Será una labor muy dura, pero luego se habrán acabado las charlas por largo tiempo. Y resulta que los grandes actos sociales que organizan dificultan la concentración mental. Sólo entre ellos puedo pensar en el trabajo, en los libros, que es, en realidad, lo mío.

Espero estar de vuelta en Río el 17 de noviembre, y dedicarme entonces a trabajar solamente por espacio de todo un mes. Luego, tal vez en enero, iré a Nueva York. Resulta insensato trazar proyectos para dentro de cuatro semanas. [...]

Buenos Aires, 30 de octubre 1940

Querida F.:

Tengo que escribirte rápido. Ayer tuvo lugar la primera conferencia en español, cuajada de múltiples dificultades, claro está que de un cariz en extremo halagador para mí. La sala fue invadida de tal modo por 1500 personas pues, previamente hubo una cola de 3000, que tuvo que intervenir la policía. He de repetir pasado mañana la misma conferencia, y para ese día el taquillaje está ya desde hoy casi todo vendido. Constituye aquí una sensación el que un escritor extranjero hable en español, y, prodigio sobre prodigio, resulta que hablé bien. El público se comportó de modo fantástico... muy apretujado, no se oía ni un carraspeo, ni el más leve sonido. Luego me encerraron en un cuarto de lectura para protegerme de la multitud. Tuve aquella sensación, sentida tantas veces antaño, de ser un tenor de fama. [...] Hoy he de hablar por radio, y por la noche tengo que dar un conferencia en inglés. [...]

Santa Fe, 9 de noviembre 1940

[...] Todo es aquí fantástico: se viaja en auto (tras el trayecto nocturno en ferrocarril) cruzando la Pampa durante horas sin ver una sola casa y encontrando a lo sumo algunos chiquillos que cabalgan en dirección a la escuela (todo se hace a caballo, pues los hay aquí a cientos de miles y cuestan de cinco a seis dólares por cabeza). Lo más fatigante es, no obstante, la excelente acogida que le dispensan a uno; resulta algo así como un fenómeno el que un autor, procedente de Europa, a quien todos conocen, no sólo se adentre en el país, sino que además hable español. Hay que dejar que le muestren a uno todo lo interesante del lugar, saludar a todos los personajes importantes; los judíos me tributan un recibimiento aún más caluroso, y los hay que recorren, para verme, trayecto de cinco a seis horas. Pero lo más emocionante es el pueblo en sí: los barberos, por ejemplo, no me quieren cobrar, los camareros no me aceptan las propinas, todos me reconocen por la calle gracias a las incontables fotografías que me han sido hechas. Estoy fatigadísimo, no por los paseos a caballo, sino por las continuas conversaciones en español [...] Es prodigioso cómo puede aguantar uno tantas fatigas a los cincuenta años. A ello hay que añadir las entrevistas, siempre en español, y las conferencias que empiezan a menudo a las diez de la noche para terminar a la una de la madrugada.[...]

El golpe de Francia después de Italia, Holanda, Rumania, etc., es criminal... todo lo aniquila un hombre demente.

[...] Ahora me toca hablar mañana en La Plata. En Buenos Aires proyectan en todos los cines cintas tomadas durante mis conferencias.

Todo ello hubiera sido causa de satisfacción, pero por desgracia se me ha agotado la alegría. [...] El suicidio de Ernst Weiss me ha afectado mucho, pues era un buen amigo y yo le hubiese mantenido a flote durante años. ¡Siempre los más honrados, siempre los mejores! A todo ello viene a sumarse la noticia de que Rusia y Alemania se han aliado... ¡Lo que nos espera! Creo que no regresaré jamás a esa Europa y que está perdido todo cuanto allí tengo, mis libros y sobre todo mi Balzac (escrito ya en sus tres cuartos y esquematizado en su conjunto). Perdido están además todos los países en los que yo había arraigado, ya que el mundo inglés y el americano no es mi mundo. Esta vida en los hoteles le priva a uno de toda posibilidad de trabajo... y por lo menos, a fin de tener un país al que pueda considerar mío y en el que no tenga que mendigar un visado, me he asegurado la residencia permanente en Brasil. Hoy en día aún tengo a mi disposición todos los Estados sudamericanos, pues todos quieren que yo me instale en uno de ellos, pero eso puede variar con la misma rapidez con que ha variado en Francia, donde sólo hace cuatro meses yo era todavía un gran señor y hoy estoy muy mal considerado, igual que todos mis libros. La gente aquí ha sido de una gentileza conmovedora. Las mujeres me decían con lágrimas en los ojos que jamás habían soñado con verme en sociedad provinciana. Mucha gente recorrió trayectos de ochos horas desde sus ranchos. [...]

El misterio de la creación artística

Conferencia pronunciada
en Buenos Aires el
29 de octubre de 1940

De todos los misterios del universo, ninguno más profundo que el de la creación. Nuestro espíritu humano es capaz de comprender cualquier desarrollo o transformación de la materia. Pero cada vez que surge algo que antes no había existido —cuando nace un niño o, de la noche a la mañana, germina una plantita entre grumos de tierra— nos vence la sensación de que ha acontecido algo sobrenatural, de que ha estado obrando una fuerza sobrehumana, divina. Y nuestro respeto llega a su máximo, casi diría, se torna religioso, cuando aquello que aparece de repente no es cosa perecedera. Cuando no se desvanece como una flor, ni fallece como el hombre, sino que tiene fuerza para sobrevivir a nuestra propia época y a todos los tiempos por venir —la fuerza de durar eternamente, como el cielo, la tierra y el mar, el sol, la luna y las

estrellas, que no son creaciones del hombre, sino de Dios.

A veces nos es dado asistir a ese milagro, y nos es dado en una esfera sola: en la del arte. Les consta a todos que año tras año se escriben y publican diez mil, veinte mil, cincuenta mil libros, se pintan cientos de miles de cuadros y se componen cientos de miles de compases de música. Pero esa producción inmensa de libros, cuadros y música no nos impresiona mayormente. Nos resulta tan natural que los autores escriban libros, como que luego los encuadernen y los libreros, por último, los vendan. Es éste un proceso de producción regular como el hornear pan, el hacer zapatos y el tejer medias. El milagro sólo comienza para nosotros cuando un libro único entre esos diez mil, veinte mil, cincuenta mil, cien mil, cuando uno solo de esos cuadros incontables sobrevive, gracias a su entelequia, a nuestro tiempo y a muchos tiempos más. En este caso, y sólo en éste, nos apercibimos, llenos de veneración profunda, de que el milagro de la creación vuelve a cumplirse aún en nuestro mundo.

Es ésta una idea subyugante. He aquí un hombre o una mujer. Tienen el mismo aspecto que cualquier otro, duermen en camas como las nuestras, comen sentados a la mesa, van vestidos como nosotros. Lo encontramos en la calle, acaso frecuentábamos el

mismo colegio que él, y hasta puede darse el caso de que hayamos sido compañeros de pupitre; exteriormente, ese hombre no se distingue en nada de nosotros. Pero de pronto ese hombre da cumplimiento a algo que nos está negado a todos nosotros. No vive sólo el tiempo de su existencia propia, porque lo que creó y realizó sobrepasa la existencia de todos nosotros y la vida de nuestros hijos y nietos. Ha vencido la mortalidad del hombre y ha forzado los límites en que, por lo común, nuestra vida queda encerrada inexorablemente.

Ahora bien, ¿cómo realizó aquel hombre ese milagro? Llevando a cabo simplemente aquel acto divino de la creación, en virtud del cual surgía algo nuevo de la nada. Su cuerpo terrenal, su espíritu terrenal han creado algo indestructible, y el esfuerzo repentino de ese solo hombre nos ha permitido convivir con el arcano más profundo de nuestro mundo, el misterio de la creación.

¿En mérito de qué encantamiento, de qué magia, consigue tal hombre superar los límites del tiempo y de la muerte? Consideremos primero la forma meramente exterior de su acción. Si ha sido músico, compuso unas cuantas notas de la escala de tal manera que forman una melodía nueva, que luego se grava en la memoria de cientos, de miles y aun de millones de hombres, despertando en todos ellos la misma sensa-

ción de una armonía nueva. Si ha sido pintor, creó con los siete colores del espectro, y mediante la distribución peculiar de luces y sombras un cuadro que, después de haberlo visto por primera vez, nos ha resultado inolvidable. Si ha sido poeta, no hizo más que reunir unos pocos centenares de palabras –unos pocos centenares de los cincuenta o cien mil que constituyen nuestro idioma– de tal manera que resultó de ello un poema inmortal.

Visto superficialmente, no ha hecho gran cosa, pero bendecido por el genio, ha realizado algo que destruyó la fuerza, por lo demás inexorable, de lo perecedero. Ha creado algo que es más persistente que la madera que toco, más persistente que la piedra de que está construida esta casa, más duradero, sobre todo, que nuestra propia vida. Por medio de él, lo inmortal se ha hecho visible a nuestro mundo transitorio.

¿Cómo puede suceder tal milagro en nuestro mundo, que parece haberse tornado tan mecánico y sistemático? ¿En virtud de qué magia pósase de vez en cuando tal rayo de eternidad en medio de nuestras ciudades y de nuestras casas? Creo que no hay entre todos ustedes uno solo que no se hubiera preguntado una y otra vez consciente e inconscientemente cómo nacen tales obras inmortales, ya sea porque en una galería de arte haya estado frente a la obra de un Rembrandt, un Goya, un Greco, ya sea porque un